

ALAIN

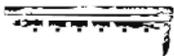
Spinoza

Traducción de Maite Serpa, Marbot ediciones, Barcelona, 2008, 172 pp. (Gallimard, Paris, 1996)

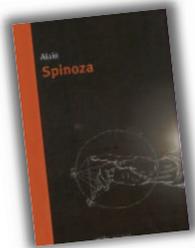
**H**ace años, Eugenio Triás dijo que la de Spinoza era la última de las filosofías inocentes. Muchas veces he pensado en el profundo significado de esa escueta declaración. Sin duda, algo tendría que ver con su posición precrítica, pero también con la extraña mezcla de evidencia y desconcierto que su pensamiento ha producido a tantas generaciones. El libro de Alain que ahora ve la luz en español, compuesto de un texto divulgatorio de juventud, más algunos *propos* que, a veces de forma indirecta, se ocupan del *marrano*, no nos saca de la perplejidad, pero es preciso reconocer que piensa sus motivos de forma extremadamente clara, profunda y provechosa. Alain es, a su manera, otro “inocente”, y es muy probable que eso haya lastrado la recepción y difusión de su obra, muchas veces tenida injustamente por frívola y superficial. En realidad, constituye la cima de cierta manera francesa y cartesiana de abordar la tarea de apurar hasta el límite las posibilidades de determinado racionalismo. Su “inocencia” pasa por enfrentarse a Spinoza de forma totalmente libre de prejuicios y armado de todas las objeciones propias de la tradición de que proviene. Así atisba, sin detenerse en exceso ni aumentar la graduación erudita, la deuda que el idealismo moderno —hoy ya podemos decirlo bien alto: el intento más osado de apropiación de la realidad por

parte del pensamiento— tiene contraída con Spinoza, lo cual, por sí solo, obligaría a revisar el carácter absoluto del adjetivo *precrítico* aplicado a Spinoza. Cuando menos, habría que sustituirlo por algo así como un pensamiento precrítico con todos los ases para ser asumido y continuado por los *postcríticos*, incluyendo al *materialista* Marx, cuya relación con Spinoza siempre ha parecido más indiscutida. Estas hipótesis sin embargo, quedan fuera del propósito de Alain, el cual no teme la inactualidad de su objeto de estudio ni, aún menos, de su propia actitud. Quien crea que la importancia de una filosofía viene dada por el respeto a algunas verdades que su propio tiempo considera probadas e irreversibles, no simpatizará con este libro. En pocas páginas caen ante nuestros ojos supuestas verdades como aquella que reza “el ser que se puede decir es lenguaje”, las filantrópicas intenciones de conceptos como diálogo o intersubjetividad o la supuesta resignación de un bien público que no aspira más que a fundarse en la utilidad y poco en la verdad. La frescura de este libro, cuyo texto principal se publicó en 1900, estriba en adelantarse a un tiempo cuya problemática no conoce, con la espontaneidad propia de quien no cree estar ante ningún enemigo externo, si acaso ante los prejuicios propios, que más que propios son de toda la humanidad y de todos los tiempos.

Ése es el mayor anacronismo contenido en esta obra singular: la eternidad (no la duración) de ciertas verdades dadas a la reflexión de cualquiera dispuesto a volver sobre sí mismo. Si el espíritu de nuestro tiempo considera el mayor de sus logros la revelación de que “ser es tiempo”, resulta plenamente comprensible la inoportunidad de esta manera, por parte de Spinoza y por parte de Alain, de entender la filosofía. Esto no ha de verse como un lamento dirigido hacia nuestro presente. Siempre he creído, por ejemplo, que toda la *alegría* o utilidad de las relaciones humanas preconizada por Spinoza resulta ingenua para abordar la dimensión conflictiva sin la cual no hay modernidad. Tampoco me ha convencido la supuesta inesencialidad de la muerte, sobre todo porque, como ocurría ya en Epicuro, sólo se basa en la muerte propia y no en la muerte de los otros. De hecho todos los grandes referentes del spinozismo: la unidad de cuerpo y alma, la asimilación del bien y del mal a la alegría y la tristeza, la negación de la división entre las facultades tradicionales, entre otros, no pueden no dejar ese regusto, en que se mezcla la sorpresa entre lo que es probablemente el mayor redespertar del mejor paganismo en la filosofía moderna occidental y cierta impotencia al comprobar que lo mejor de la tradición judeocristiana tira demasiado de nosotros para que podamos asentir plenamente a Spinoza. Respecto a lo primero, Spinoza, pero quizás aún más Alain, lleva a cabo la pulverización de valores procedentes de la tradición cristiana, como la piedad, el arrepentimiento, la humildad, la vergüenza, el miedo a la muerte y, sobre todo, el carácter fundador de la oposición entre bien privado y bien público. Saben como pocos —esos valores se han colado entre nosotros sin apenas críticas— que tras ese planteamiento se esconde el dispositivo para que se abran las puertas al contrario, aun con las mejores intenciones, las cuales, en demasiadas ocasiones, reniegan de la verdad. Por eso no es ninguna veleidad ni menos un balón lanzado fuera de juego que Alain diga del hombre racional que “su amor por la ciudad procede realmente de él y no de los males de su tiempo”, o que si para los irracionales o semirracionales “la unión hace la fuerza”, para él, por el contrario, “la unión hace la alegría”. Lo que está haciendo es llevar al extremo su idea de que la verdad reside dentro de nosotros, en el pensamiento, sin que eso conlleve sombra alguna de solipsismo, más bien lo contrario. Que no hay más objetividad que la que no contraviene ni menos ofende a la propia razón



## LIBROS



ALAIN  
Spinoza

subjetiva; la gran herencia cartesiana. Ciertamente los posibilistas de toda condición pensarán que ése es un programa de máximos impracticable. Es posible que tengan razón; su error, con todo, radica en creer que se pueda evitar la confrontación con el *radical* (término en la actualidad estigmatizado por unos y otros, pero que Alain ostentó siempre con orgullo) sin pagar coste alguno y sin verse atrapado en la telaraña que él mismo ha tejido. Del mismo modo, una entrega absoluta por parte nuestra a Spinoza siempre ha de contar con cierta oposición del corazón. En este sentido, quizás sea el *propos* de 28-II-1922 el que mejor recoge lo más profundo de la posición de Alain frente a Spinoza. Allí, después de aislar la “Unidad que tal vez sea el opio del espíritu” propia del judaísmo y del islam y haberla opuesto al Olimpo político griego, que “daba un poco de juego a la acción racional”, Alain muestra no sólo el profundo vínculo contraído con Descartes, sino también la conveniencia cartesiana para posicionarse frente “a este inmenso pensamiento spinozista... donde la filosofía se encuentra encerrada y aplastada como una planta de herbario. Se trata de pensar de acuerdo con Dios. Pero primero es preciso pensar de acuerdo con el hombre”.

En cualquier caso, Spinoza obliga a Alain a pensar sin concesiones. Pensar a sabiendas del carácter infinito de la tarea, precisamente porque a la radical individualidad de cada ente, nuestras ideaciones, categorizaciones o palabras, aun siendo todo lo que tenemos para abordarla, sólo la tocan de soslayo. Evidentemente, esto es precriticismo, aunque no es menos verdad que el empirismo, al menos en este punto, no tiene nada que enseñarle a Spinoza. Es él quien nos enseña algo tan elemental, pero de consecuencias tan vastas, como la distinción entre *placer* de una parte del cuerpo (o del alma) y *regocijo* de todo el cuerpo (o del alma). Las filosofías del deseo podrían haber reparado en este punto tal como hace Alain. Por otra parte, si la actualidad, como ha observado Severino, ve en el Todo de Spinoza o Hegel la bestia parda y en el fraccionamiento de Kant o Weber la estrella polar, no sorprenderá el rumbo tomado no sólo por los discursos deseantes, sino también el propio de la filosofía práctica, en consonancia con la parcelación triunfante en la ciencia y en la técnica. Frente a todo ello, antes quizás de que la entrega sea definitiva, aun conscientes (o precisamente por ello) de que como Alain no podemos no ser sobrinos-nietos de Descartes, conviene expresar todo el poder de la razón.

Francesc Morató